

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Elegidos para obedecer
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



DÍA 1

1. Pedro 1:1,2; Deuteronomio 28:1,2

Del círculo de lectores de “Arraigados en Dios” surgió el impulso de reflexionar sobre lo que la Biblia dice acerca de la “obediencia”.

El apóstol Pedro escribe en su carta a los “expatriados en la dispersión” que son “elegidos para obedecer”.

Esto debe ser visible en sus vidas: “como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, ¡sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir! ... siendo renacidos, ... por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1.P.1:14,15,23). El discipulado y la obediencia son inseparables. Sin la obediencia la vida de Pedro hubiera quedado sin importancia (comp. Mt. 4:19,20; Jn. 21:22; Hch. 5:29).

En un diccionario bíblico se puede leer: “La obediencia se considera hoy en día a menudo, una cosa anticuada. Uno piensa muy rápidamente en la restricción de la libertad personal. En cambio se exige la posibilidad de autorealización...”

“Respecto a la obediencia, frente a Dios es importante que no se entrometa algo como legalismo y un espíritu servil en nuestra relación con Dios. Él no quiere tener ‘esclavos’, sino ‘hijos’, ... Nuestra obediencia es auténtica, si surge como respuesta al amor de Jesús. Esta actitud de obediencia no nos hace inmaduros, sino que activa nuestros sentimientos y nuestra mente, para comprobar ‘cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta’” (H. Währisch). (Lea Ro. 6:12-17; 12:1,2).

Nuestra obediencia se basa en la Palabra de Dios, si la leemos con corazones abiertos, y se manifiesta como confianza en acción.

El cristiano obediente toma la Palabra de Dios en serio, cuando hace aquello, lo que el Señor le dice, pues él sabe: Dios es bueno y digno de confianza en absoluto. Esto no significa, que la obediencia siempre sea fácil. Pero seguro es: el obediente será bendecido en todos los casos.



Día 2

Deuteronomio 30:15,16; Filipenses 2:8

Los hombres deben ser educados en la obediencia, pero... y ¿Jesús, el Hijo de Dios? Al haberse hecho hombre, Jesús fue llevado de una prueba de obediencia a otra. Desde muy joven practicó la obediencia (comp. Lc. 2:49-51), hasta lo más tremendo, la muerte en la cruz.

El apóstol Pablo formula literalmente: "... haciéndose obediente".

Ahí está la posibilidad de desobediencia. Pero Jesús eligió – una y otra vez – obedecer. La orientación a la voluntad del Padre, fue su vida. La epístola a los hebreos resume lo duro que fue el camino para Él: “Cristo, ofreció oraciones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas en los días de su vida terrenal, al que podía salvarlo de la muerte; y también fue escuchado porque honraba a Dios. Así, aunque era el Hijo de Dios, aprendió la obediencia por lo que sufrió” (He. 5:7,8 traducc.libre).

Por eso Él pudo orar, en las horas más difíciles, cuando sentía el deseo de no tener que beber la copa del sufrimiento: “... ¡no sea como yo quiero, sino como tú!” (Mt. 26:39b; comp. Jn. 4:34; 12:27,28).

“Cuando Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: ¡venid en pos de mí!, significaba esto: caminad en las huellas que Yo les he dejado.

Nosotros tenemos la palabra del Señor, Su Espíritu nos fue otorgado, para que podamos conocer Su voluntad. Él nos dice claramente, lo que debemos hacer. Y si le amamos, haremos lo que Él dice. Si no, entonces porque nuestro amor solo, está dividido por amar a otro – o sea por el amor egoísta a mí mismo” (O. Chambers).

Cada acto de obediencia profundiza nuestra relación con Él. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama” (Jn. 14:21a; lea Jn. 14:24,31; 1.Jn. 2:5,6).



DÍA 3

Génesis 12:1-4

Una de las personalidades más grandes de la historia humana, fue Abraham. Santiago escribe de él: "... fue llamado amigo de Dios" (Stg. 2:23b). En la carta a los hebreos leemos: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba" (He. 11:8).

Abraham no obedeció a cualquiera: "El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán, y le dijo: 'sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré'" (Hch. 7:2,3).

Quizás algunos piensan: ¿cómo Abraham podía saber que era la voz de Dios que le hablaba? No sabemos nada acerca de esto.

Sin embargo, Abraham estaba seguro de haber recibido este llamado de tener que abandonar Ur, y que esto era el llamado de Dios. Lo que ocurrió en el interior de Abraham, solamente lo podemos sospechar.

"Extensas excavaciones dan una idea de la tierra natal de Abraham... En Ur se vivía en la cultura de una vida confortable, había casas con todas las comodidades de la época. La población era educada. Ante todo, había agua ... Pero el nombre del Señor de los ejércitos, que creó el cielo y la tierra, fue olvidado" (W. Lüthi).

Los ojos de Dios, que están abiertos sobre todos los hijos de los hombres, vieron a Abraham en Ur, y Dios se le reveló con una gran promesa: "en ti serán bendecidas todas las generaciones de la tierra".

Abraham escuchó al Dios de la gloria, y su fe le capacitó a caminar "siendo él solo" por el camino de la obediencia. "Mirad a Abraham vuestro padre, ... porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué" (Is. 51:2; lea Pr. 3:5-8).



Día 4

Génesis 12:1-4; Salmo 40:8

Parece ser que para Abraham la obediencia era algo normal: el Señor le dijo: “vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré ... Y se fue Abram, como Jehová le dijo”. Su futuro estaba completamente inseguro, a pesar de esto, Abraham se fue. Él dejó atrás, lo que la ciudad de Ur le ofreció: personas conocidas, posesiones, cultura. Él respondió al llamado de Dios con obediencia; y con obediencia siguió la guía del Señor hasta el final de su vida. Con todas las dificultades que le acompañaron, Abraham siguió siendo fiel a su llamado y nunca volvió a Ur.

Nosotros seremos aprobados como seguidores de Jesucristo, si guardamos hasta el fin, la confianza que nos motivó en los primeros días de nuestra fe (lea He. 3:14; 6:11-15).

No era la aventura, que motivó a Abraham a ser un “excursionista”, sino el llamado de Dios. Por la fe venció los obstáculos, que se le presentaron en el camino. Cierta día le apareció el Señor y le dijo: “A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido ... Luego se pasó de allí a un monte y, edificó allí altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová” (Gn. 12:7,8).

Abraham se sometió a la guía de Dios; por eso podía ser un testigo en su entorno pagano. “... eres un príncipe de Dios entre nosotros”, así lo testificaron los habitantes de aquella tierra (Gn. 23:6a; lea Col. 4:5; 1.P. 2:12).

Dondequiera que fuere nuestro lugar, lo importante es que obedezcamos al hablar de Dios – aún en las pequeñas cosas cotidianas. Una vida así, sea apreciada de los demás o no, está bajo la promesa: “te bendeciré y tú serás bendición”.



Día 5

Génesis 12:9 - 13:4; Isaías 30:1-3,21

En el camino de la obediencia, una y otra vez llegamos a situaciones en las que tenemos que tomar una decisión. La Biblia no nos encubre que Abraham, cierto día, anduvo en el camino de desobediencia. “Hubo entonces hambre en la tierra y descendió Abram a Egipto ...”

No leemos que él había preguntado a Dios ni había recibido una instrucción de Él, ya que le había prometido mostrarle el país a dónde debía ir. En lugar de buscar refugio y ayuda en Dios por su situación apremiante, él mismo trató de ayudarse.

Entonces las cosas seguían su rumbo. Abraham no fue a Egipto por mandato de Dios, sino por sus propias reflexiones. “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Pr. 14:12). “... mas el de perversos caminos caerá en alguno” (Pr. 28:18b; comp. Sal. 139:23,24).

A Abraham le preocupaba que podría perder a su esposa por su belleza y en el peor de los casos, él sería exterminado. Su temor era entendible, pero le hizo perder su confianza en Dios. Así tuvo una idea bien astuta. Se podría torcer la verdad un poco: Querida Sara, “di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya” (Gn. 12:13).

¡No es raro que al miedo se le una el egoísmo y, a la astucia, la mitad de la verdad! Estrictamente hablando, Sara no era la hermana completa de Abraham, sino media hermana de él (Gn. 20:12).

¡Qué irresponsable y vergonzoso es sacrificar a un ser humano por nuestros intereses egoístas y el bienestar personal y, así obtener ventajas para nosotros mismos!

Sara fue llevada a la casa de Faraón, y él “hizo bien a Abram por causa de ella”. ¡Qué desastre ético! ¿Cómo se puede vivir con ello, ante uno mismo, ante Dios, ante una comunidad? (Lea Pr. 4:25-27; Is. 48:17,18.)



DÍA 6

Génesis 12:10 - 13:4; Jeremías 3:22

Dios tenía un plan grande y especial con Abraham: "... serán benditas en ti todas las familias de la tierra". Y ahora, este hombre había entregado a Faraón a esta mujer, por la cual Dios le quería dar descendencia.

Una personalidad que hasta ahora había confiado en Dios y le había obedecido, falló totalmente. (Lea Mt. 26:41; 1.P. 5:8,9.)

¡Qué fidelidad la de Dios! Él apoyó a Sara y se preocupó por la humillada. "Mas Jehová hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram".

¿Nos sorprende, que Faraón reconoció enseguida la relación entre las tremendas plagas y la mujer extraña? Él llamó a Abram y le dijo: "¿Qué es esto que has hecho conmigo?" Y entonces mandó que Abraham y su esposa con todo lo que tenían fueran llevados fuera del país. ¡Qué vergüenza para Abraham! No leemos ninguna palabra de él.

¡Por cuántas experiencias amargas debemos pasar, cuando andamos en nuestros propios caminos y no buscamos al Señor, esperando en Su guía! (comp. 1.Co. 10:12; Ef. 5:15).

"Subió, pues, Abram de Egipto ... hacia Bet-el ... e invocó allí el nombre de Jehová". Abraham volvió al lugar, donde había tomado la dirección equivocada. Él no se quedó en la mitad del camino. "Abraham no podía estar tranquilo hasta volver al lugar donde podía orar al Señor junto al altar. Él podía nuevamente invocar el nombre del Señor, podía testificar de nuevo de su Dios y personas fueron bendecidas por medio de él. Una señal de la gracia ilimitada de Dios" (W. Lüthi).

Si nosotros desobedecemos a Dios, Él no nos abandona, no nos deja caer. Pero nosotros debemos retroceder. ¡Cuánto más rápido dejamos el camino de la desobediencia, tanto mejor!

¡Dios es rico en otorgarnos el perdón! (Lea Mi. 7:18,19; Sal. 103:1-4; 130:1-8.)



Día 7

Génesis 13:5-18; Mateo 5:9

A lo largo de su vida, Abraham experimentó la fidelidad de Dios, ya que Dios se le reveló y le guió. Sin embargo, Abraham se encontró repetidas veces en una situación en la que su obediencia fue puesta a prueba.

Se desarrollaba una disputa dentro de la propia familia. “Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar. Y hubo contiendas entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot”.

Abraham, que quería vivir en la fe y en la obediencia hacia Dios, entregó a su sobrino Lot la elección del lugar donde vivir. Con esto él quería que Dios mismo eligiera. “No haya ahora altercado entre nosotros ... porque somos hermanos. ... Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha, ... Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos ... Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre” (Lea Pr. 12:20; Stg. 3:13-17; 1.P. 3:8,9.)

La posterior separación de Lot, no impidió que Abraham arriesgara su vida por él cuando el sobrino fue llevado cautivo en una situación de guerra. Después de la milagrosa victoria de Abraham, Melquisedec, el rey de Salem, que era sacerdote del Dios Altísimo, lo bendijo y dijo: “Bendito sea Abram del Dios Altísimo” (Gn. 14:19a).

Siguieron otros años de anhelo por el heredero prometido, lo que hizo que Abraham vacilara. Le oímos expresar su decepción ante Dios: “Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo” (Gn. 15:2).

Pero la mirada hacia el cielo estrellado fue para enseñar a Abraham, a abandonar todos los cálculos humanos a la espera de un heredero. Así, la revelación de Dios bajo el cielo nocturno le abrió posibilidades completamente nuevas (lea Gn. 15:1-6).

Sin embargo, el cumplimiento de la promesa iba a tomar otros trece años (comp. He. 11:6; Sal. 37:5)



Día 8

Génesis 22:1-13; Hebreos 11:17-19

“Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (Gn. 22:1,2).

Aquí la fe de Abraham y su obediencia, fue puesta a la más dura prueba. Nada en su vida le hubiera podido tocar de manera tan profunda y dolorosa, como este mandato. Lo más amado – el hijo otorgado por Dios- ¿a él debía sacrificar?

Pero Abraham no discutía ni negociaba con Dios: “Si tú me quitas a mi hijo, ¿quién podría creer entonces en tu palabra?” En lugar de esto leemos: “Consideraba Abraham que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos, y así, en sentido figurado, recobró a Isaac de entre los muertos” (He. 11:19 NVI).

La disposición de Abraham de entregar a Isaac, parece ser lo más grande lo que la Biblia nos comenta de este hombre de Dios. Tres días Abraham debía caminar con su hijo a la tierra de Moriah. Lo que su corazón sufrió durante este tiempo, lo sabe solo Dios. Cuando Isaac finalmente preguntó: “¡Padre mío! ... he aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?”, Abraham contestó muy sabiamente: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos (Gn. 22:7,8).

Junto con su hijo Isaac, Abraham se entregó a Dios. Él confiaba de todo corazón en su Señor y actuaba con obediencia. Así podía experimentar, que Dios mismo realmente se eligió su “cordero”.

Abraham no tenía que sacrificar a su hijo. Pero él llegó a ser una señal al inigualable y bondadoso Dios, que entregó a Su único amado Hijo para nuestra salvación. (Lea Jn. 1:29; 3:16.)



Día 9

1.Samuel 15:1-8,22,23; Santiago 1:22

Desde el éxodo de los israelitas de Egipto, los amalecitas eran la personificación de la enemistad contra el pueblo de Dios, que una y otra vez intentaron exterminarlo (Éx. 17:8-16).

El rey Saúl ya había conseguido una gran victoria contra todos los agresores, de ellos también era Amalec (1.S. 14:48). Entonces por medio de Samuel, Dios le dio el mandato de destruir a Amalec totalmente y de no apiadarse de nadie (comp. Éx. 23:27-33; Dt. 7:1,2,16)

Este mandato divino era, para Saúl, también una oportunidad de mostrar públicamente que él seguía fielmente a la palabra de Dios.

“Y Saúl derrotó a los amalecitas desde Havila hasta llegar a Shur, que está al oriente de Egipto”. Saúl obedeció al mandato del Señor y Dios estaba con él y le daba la victoria. Hasta este momento de los sucesos, todo ocurrió según el plan de Dios.

Si nosotros obedecemos, el Señor transforma las montañas en caminos. Él guía a través de los peligros y vence al enemigo poderoso. Estas son experiencias normales en el camino de la obediencia. (Lea Dt. 28:1,2,7; 1.S. 7:3,4.)

Pero después leemos, que Saúl se desvió de las instrucciones de Dios. Saúl y sus soldados se apiadaron del rey de Amalec y perdonaron a los mejores animales. ¿Acaso habrán pensado: qué problema habrá, si de los miles uno quedara con vida? ¿Qué problema habrá, si perdonamos a una parte de los animales? ¡En general habían obedecido a Dios!

Esto era lo doloroso de la vida de Saúl: él anduvo en el camino ordenado por Dios, hasta cierto punto, pero entonces se desvió. El desvío parecía sencillo, sin embargo para los ojos de Dios, la obediencia a medias, no es obediencia, sino desobediencia. (Lea Sal. 81:10-13; 86:11; Is. 50:5.)



DÍA 10

1.Samuel 15:7-9; Romanos 6:12-14

¿Cuál era el motivo de Saúl al perdonarle la vida a Agag? ¿Acaso quería mostrar su triunfo sobre el prisionero real? O, ¿quería actuar con prudencia, mostrarse generoso y más misericordioso que Dios? No conocemos los motivos de su corazón. Sabemos que no actuó por encontrarse en un apuro. Su acto arbitrario no quedó oculto. La Biblia expresa claramente: “Saúl y el pueblo perdonaron a Agag y a lo mejor del ganado ... y no lo quisieron destruir” (1.S. 15:9; lea Dt. 7:1,2).

El hecho que el rey sedujo también al pueblo a la desobediencia, en cuanto al mandato de Dios, es funesto. Según la voluntad de Dios él debía haber sido ejemplo y ocupar su rol de liderazgo con responsabilidad, para la bendición del pueblo (comp. 2.Cr. 34:31-33).

Hagamos el puente hacia nosotros: ¿podría ser aplicable para nosotros, que siendo seguidores de Jesús, le obedecemos solo hasta cierto punto? ¿Pero cuando se trata de dar el paso decisivo, nos negamos? Quizás estamos dispuestos de sacrificar grandes cosas, por ejemplo, mucho dinero o nuestro tiempo para ocasiones especiales. Pero, ¿estamos dispuestos de entregar nuestra autodeterminación, un propósito especial para nuestra vida, o ciertos hábitos? “¡No te apiades de ellos!”, así era el mandato para Saúl (1.S. 15:3).

¿De qué nos “apiadamos” frente a Dios? ¿Permitimos actuar a los enemigos de Dios en cierta área de nuestra vida, a los que Dios ya ha juzgado? ¿Podemos cuidar o apiadarnos de lo que llevó a Jesucristo a la cruz? Respecto de cuidar o no cuidar de las cosas, se revela la actitud de nuestro corazón hacia Jesús.

El apóstol Pablo escribe: “Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la naturaleza pecaminosa. Porque si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán” (Ro. 8:12,13 NVI; comp. Ef. 5:1-5)



Día 11

1.Samuel 15:19-23; Salmo 119:165

“¿Por qué no has oído la voz de Jehová?” Saúl había sido ungido, enviado con la promesa de victoria, pero tropezó respecto a la obediencia.

Si nosotros obedecemos, nos aferramos al Vencedor, si desobedecemos, nos alejamos de Él. Respecto a esto, Walter Lüthi escribe: “Está claro para nosotros que, cuando miramos estos pasajes de la vida de Saúl, no podemos quedarnos como espectadores no involucrados. Nos enfrentamos a la cuestión de nuestra obediencia.

Concretamente, es difícil decir dónde arde el problema de la obediencia para el individuo personalmente. Es cierto que en la vida de cada creyente hay focos específicos de obediencia. No tienen que ser numerosos. Tal vez sólo hay tres o cuatro, a veces incluso sólo uno. Es probable que, para muchos de nosotros, la obediencia se refiera al querido dinero. O a la propia lujuria. ‘Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otros. No podéis servir a Dios y a las riquezas’ (Mt. 6:24). Dios no nos ha llamado a vivir una vida impía, sino una vida santa” (Lea 1.P. 1:14,15; 1. Ts. 4:1-3.)

Dios busca la obediencia en nosotros. ¿Queremos obedecerle con gusto? Él otorga para el querer, la fuerza para la acción, para el paso que hay que dar.

Hace más de ciento cincuenta años, el danés Søren Kierkegaard levantó su voz y denunció apasionadamente a los cristianos tibios:

“La obediencia con reservas es abolición del cristianismo.

¡Cuántos admiradores tiene Cristo, pero muy pocos seguidores!” (Lea Jn. 12:25,26; 1.Jn. 5:3; He. 11:7.)



DÍA 12

1.Samuel 15:22,23; Oseas 6:6

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención, que la grosura de los carneros”. Saúl quería compensar la obediencia con un sacrificio, así lo expresó frente a Samuel: “mas el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, las primicias del anatema, para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios en Gilgal” (1.S. 15:21).

La respuesta de Samuel quitó todos los “trapos” con los que el rey quería cubrir su desobediencia. Los sacrificios que se ofrecen con los sentimientos de desobediencia, no pueden agradar a Dios (comp. Sal. 50:7-10,14).

También nosotros conocemos tales sacrificios, que deberían reemplazar la obediencia. ¿Puede ser que ponemos una suma alta de dinero en la caja de las ofrendas, antes de obedecer a la palabra de Dios, que espera de nosotros la reconciliación con nuestro prójimo? ¿O queremos con una ofrenda tapar una malversación, en vez de confesarla en el lugar correcto y arreglar el asunto? El sacrificio no es un reemplazo por la negación de obediencia. Quizás queremos hacer un sacrificio de tiempo, fuerza o posesiones como reemplazo de gobernar nuestra vida según nuestros planes y no querer entregársela al Señor.

“¡El obedecer es mejor!” Una tarea que cumplimos en obediencia, un pecado que vencemos, una tentación a la que no nos rendimos, es preferible a Dios que los más preciosos sacrificios que estamos dispuestos a hacer. (Lea Is. 1:11-17.)

Dios nos ha llamado para obedecer, nos ha elegido para la obediencia: en Cristo, nos ha capacitado para una vida completamente nueva, que nos posibilita obedecer. Según nuestra predisposición y la educación de cada uno, es más difícil para una persona, y más fácil para otra vivir en obediencia. Quizás necesitamos muchos pequeños pasos, para llegar a ser “hijos de obediencia” (1.P. 1:14).

Una y otra vez podemos pedir a Dios: “Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente” (Sal. 51:12).


